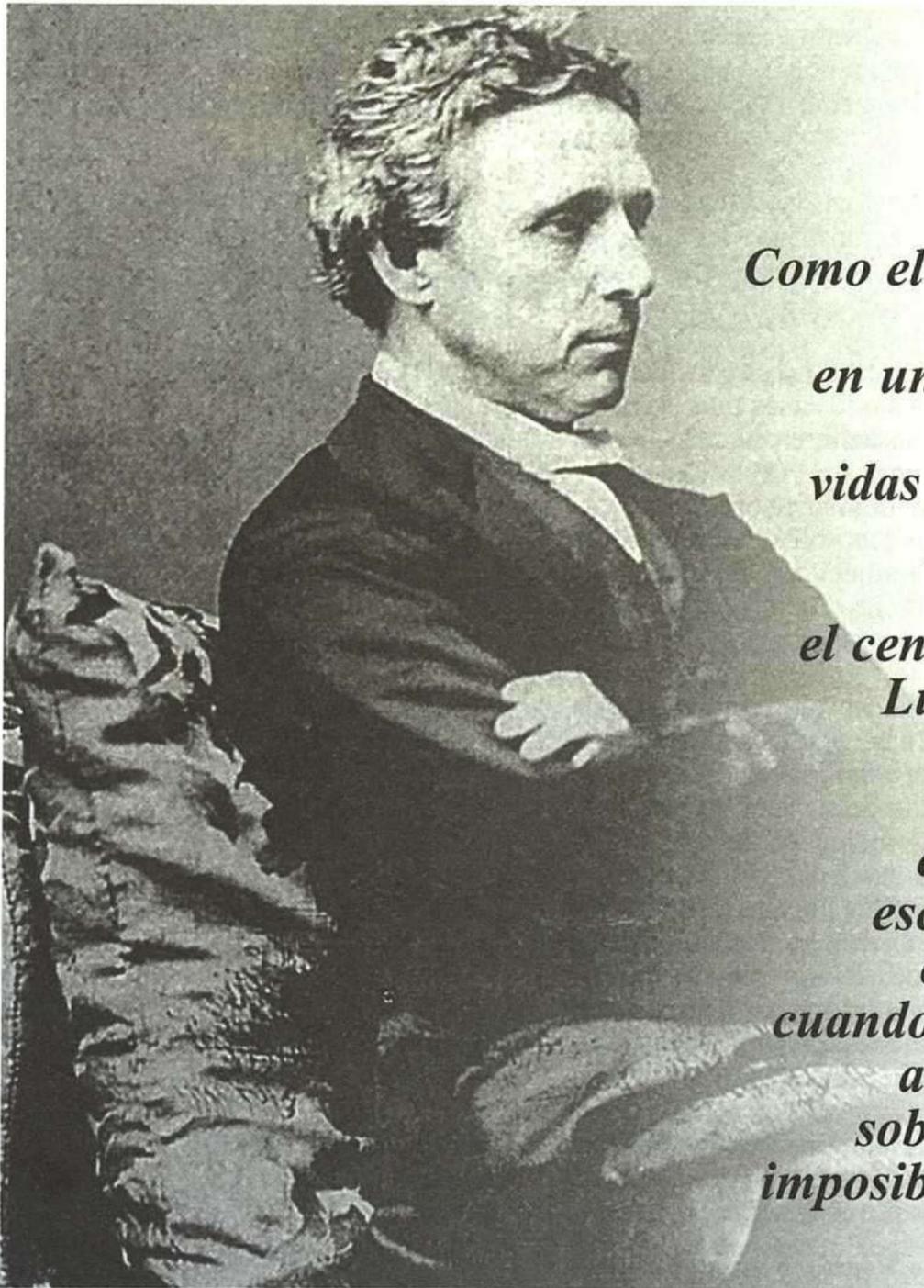


En el centenario de una doble muerte

por **Santiago R. Santerbás***



Como el Dr. Jekyll y Mr. Hyde, también Dodgson y Carroll convivieron en un mismo cuerpo, pero ejercieron funciones dispares, tuvieron vidas y muertes diferentes, separadas por una barrera infranqueable. De hecho, este año celebramos el centenario de la muerte de Charles Lutwidge Dodgson, el gris clérigo y profesor de Matemáticas, porque Lewis Carroll, el poeta y fabulador, el brillante escritor, empezaba a morir quince o veinte años antes, hacia 1880, cuando renunció a una serie de cosas: a la fotografía, a la enseñanza y, sobre todo, al recuerdo de su amor imposible —Alice Pleasance Liddell—.

Una de las últimas fotografías de Charles Lutwidge Dodgson, conocido en el mundo literario por Lewis Carroll.

Hace un siglo, el 14 de enero de 1898, moría en Guildford, antigua capital del condado de Surrey, el reverendo Charles Lutwidge Dodgson. Fue enterrado en The Mount, el cementerio local, no muy lejos de The Chestnuts, la casa donde había vivido sus últimos días; y aunque al pie de la sencilla cruz de mármol plantada sobre la tumba figuraban su verdadero nombre y su seudónimo, Lewis Carroll, fueron de momento pocas las personas capaces de reconocer en el difunto al autor de *Alicia en el País de las Maravillas*. Tal vez porque Lewis Carroll había muerto —o empezado a morir— años antes.

Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Se me objetará, y no sin razón, que esta caprichosa distinción entre el individuo y el creador literario no pasa de ser un artificio barato para explicar la decadencia, la progresiva debilidad imaginativa del escritor, durante los quince o veinte años que precedieron a su muerte. Sin embargo, me parece perfectamente aplicable al caso del reverendo Dodgson y de su heterónimo Lewis Carroll; es decir, un caso de premeditada y evidente disociación funcional.

Como es sabido, la rutinaria existencia del joven Charles Lutwidge Dodgson se vio alterada, a lo largo del año 1856, por tres acontecimientos esenciales: adquirió su primera cámara fotográfica, conoció a Alice Pleasance Liddell —la pequeña musa inspiradora de su obra más celebrada— y comenzó a utilizar el seudónimo de *Lewis Carroll*. A partir de la invención del famoso seudónimo, Dodgson y Carroll convivirían, como el doctor Jekyll y mister Hyde, en un solo organismo corporal, pero ejercerían funciones dispares, escindidas por una barrera infranqueable: a un lado de ella actuaría el clérigo y profesor ad-



Foto de Alice Liddell, realizada por Carroll y publicada, junto a otros muchos retratos de jóvenes impúberes, en *Niñas* (Lumen, 1998), libro que profundiza en el mundo del Carroll fotógrafo.

junto de Matemáticas, el inquilino casi perpetuo del colegio Christ Church de Oxford; al otro, el poeta y fabulador, habitante privilegiado del País de las Maravillas. Abundan las cartas que el quisquilloso reverendo Dodgson se sintió obligado a escribir a su editor, Macmillan, encareciéndole que, bajo ningún pretexto, revelara a curiosos inoportunos la auténtica personalidad de Lewis Carroll.

Aceptando como plausible la dicotomía Dodgson-Carroll —el propio personaje nos incita a ello—, se nos viene a la boca una serie de preguntas. ¿Murieron ambos al mismo tiempo? ¿Sobrevivió el clérigo al escritor? De ser así, ¿cuándo murió efectivamente Lewis Carroll? O quizá, para hablar con más precisión, ¿cuándo empezó a morir? Me atreveré a formular una respuesta: la larga e in-

termitente agonía de Lewis Carroll se inició a mediados de 1880 y se prolongó, durante casi dos décadas, hasta la muerte de su heterónimo, Lutwidge Dodgson.

En una anotación del diario del reverendo Dodgson, correspondiente al 15 de julio de 1880, leemos: «Gertrud y Gerida Drage¹ vinieron a las 3, y pasé dos horas fotografiándolas; luego, viraje, fijado, etc. Hasta las 7». Estas frases carecerían de interés si no fueran las últimas en que hizo mención de sus actividades fotográficas. Poco después de esa fecha, Dodgson-Carroll guardó su cámara, abandonó para siempre la fotografía y devolvió o intentó devolver los retratos de niñas desnudas a las modelos que habían posado para realizarlos; cuando no pudo dar con ellas —eran demasiadas, y algunas habían desaparecido sin dejar rastro—, quemó las copias y destruyó las placas. ¿Quién de los dos, Carroll o Dodgson, era el verdadero fotógrafo, el casto y obsesivo mirón de niñas *dressed of nothing*? En cierta ocasión he mantenido la discuti-

ble hipótesis de que no fue ninguno de ellos, sino un tercer personaje, híbrido de ambos. Arrinconemos hoy esta bizantina cuestión. Pero admitamos que, en cualquier caso, la renuncia a la práctica de la fotografía hubo de ser, para quien lo fue, un sacrificio sumamente doloroso.

Dos meses más tarde, el 15 de septiembre de 1880, Alice Pleasance Liddell, modelo viviente de *Alicia*, quien ya tenía 28 años —y que, a juzgar por las fotos de la época, había perdido gran parte de sus encantos infantiles—, contrajo matrimonio con Reginald Hargreaves, un antiguo alumno del Christ Church. No hallaremos la menor alusión al tema en el Diario ni en la copiosa correspondencia del reverendo Dodgson. Sin embargo, como indica Stuart Dodgson Collingwood, sobrino carnal y primer biógrafo de Carroll, «es muy proba-

ble que el matrimonio de Alice con Hargreaves pudiera haberle parecido la mayor tragedia de su vida».²

Tiempo de renunciaciones

El 1880 fue, sin lugar a dudas, el año inaugural de una serie de abdicaciones que nunca habrían de revocarse. El 18 de octubre de 1881, Dodgson renunció a su empleo de profesor adjunto de Matemáticas en Christ Church; no obstante, siguió viviendo en el colegio e incluso aceptó un cargo administrativo, sin relieve intelectual o científico, que desempeñaría hasta 1892 con su proverbial minuciosidad.³ A partir de ahí empezará también a restringir sus contactos sociales y a eludir compromisos e invitaciones. Volvamos al Diario. El 5 de mayo de 1884 anota: «Escribí a Spooner,⁴ que me había invitado a cenar, rogándole que me disculpara por no ir, pues creo firme-

mente que, a mi avanzada edad,⁵ los banquetes y reuniones son cada vez más fatigosos». Por esas fechas, el reverendo Dodgson dedicaba unas doce horas diarias a leer y escribir. El 29 de marzo de 1885 anotaría: «Nunca hasta hoy había tenido tantos proyectos literarios inmediatos». Y a continuación añadiría una lista de quince títulos inéditos; entre ellos *Silvia y Bruno*, su polémico canto del cisne.

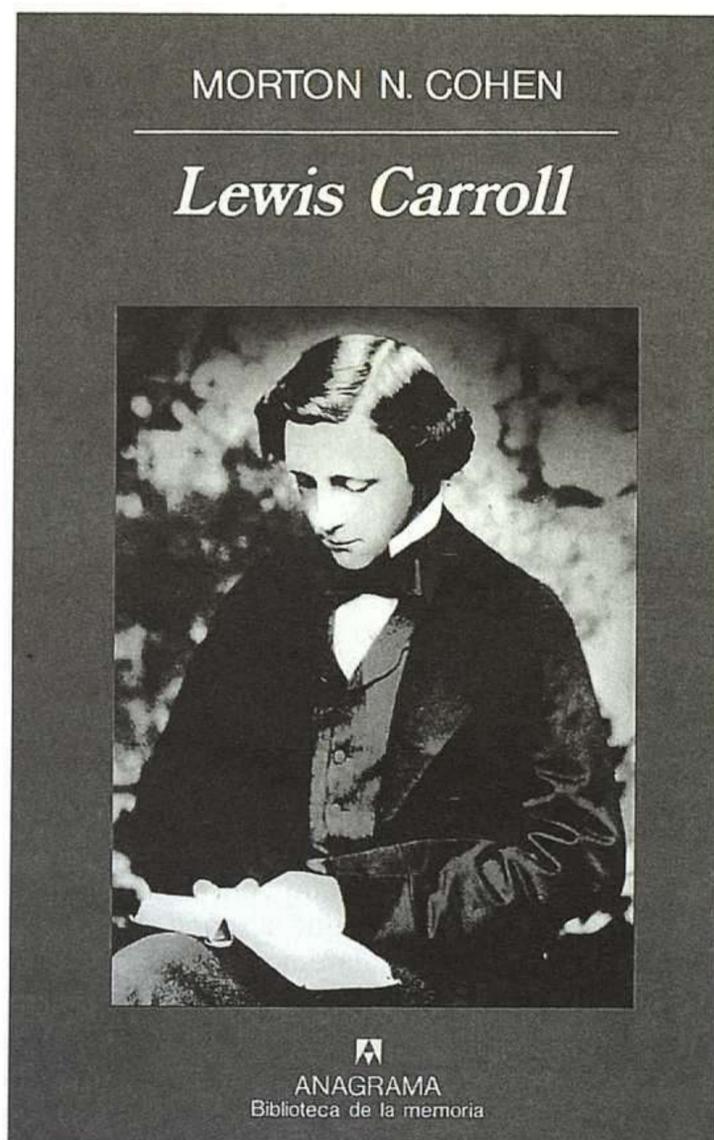
Examinando esa progresiva sucesión de renunciaciones —a la fotografía, al recuerdo de un amor imposible, a la enseñanza, a la vida social—, nos vemos forzados a admitir que el reverendo Dodgson pretendía abjurar de determinadas parcelas de su personalidad en beneficio exclusivo de la creación literaria. Señalemos, en honor a la verdad, que no todos los proyectos enumerados eran intrínsecamente literarios; figuraban también, en la referida lista, obras matemáticas y misceláneas. Sin embargo, ésa fue la

primera vez que Dodgson decidió tomar en serio la literatura; es decir, tomar en serio a Lewis Carroll. Paradójicamente, los resultados no serían tan favorables como él esperaba.

Mientras Charles Lutwidge Dodgson permaneció al margen de las aficiones y actividades de su heterónimo, éste manejó la pluma con jocundidad, con desenfado, como si se tratara de un juego de niños; frutos de ese juego pueril y sin pretensiones serían *Alicia en el País de las Maravillas*, *A través del espejo* y, hasta cierto punto, *La caza del Snark*. Cuando se esforzó en manipular la literatura como una materia trascendente, dejó de ser Lewis Carroll y cedió la pluma al reverendo Dodgson. Porque *Silvia y Bruno*, la última y más voluminosa de sus obras narrativas, aunque firmada por Lewis Carroll, pertenece en gran medida al reverendo Dodgson.

El canto del cisne

No voy a analizar, aquí y ahora, el contenido de un libro definido por Derek Hudson como «uno de los más interesantes fracasos de la literatura inglesa».⁶ Tal vez a causa de tantas y tan dolorosas renunciaciones, Dodgson se había convertido en un pesimista; y, al escribir *Silvia y Bruno*, se dejó llevar por una lacrimógena voluntad testamentaria. Los diálogos de algunos personajes y, sobre todo, los prólogos que anteceden a las dos partes de la novela, nos ofrecen un lamentable repertorio de



A la izquierda, portada de la biografía de Carroll, firmada por Morton N. Cohen, considerada la más completa y documentada sobre el autor.

A la derecha, dibujo del propio autor, publicado en *Aventuras subterráneas de Alicia* (J.J. de Olañeta, 1997), primera versión de la obra, contada a las hermanas Liddell.



elucubraciones que abarcan desde la posible inmoralidad de ciertos espectáculos teatrales, hasta la crisis de la religiosidad en las ceremonias de la Iglesia anglicana, pasando por el problema de la licitud de la caza menor o la conveniencia de editar una nueva versión expurgada de Shakespeare⁷ para uso de jovencitas (adviértase: no de jovencitos). Enfrentado a ese batiburrillo moralizante y de muy escaso valor narrativo, el hipotético lector debió de maliciar que no se hallaba ante Lewis Carroll, sino ante un plumífero mojigato que había usurpado su nombre.

Me duele hablar mal de una obra que he traducido y anotado, no sé si con justicia, pero sí con devoción.⁸ Sin embargo, la devoción no debe excluir la lucidez. Así pues, confesaré que, a pesar de los pesares, no tengo inconveniente en sentirme cómplice y secuaz del peor Dodgson. Lewis Carroll no hubiera nacido jamás sin el previo aliento vivificador de Charles Lutwidge Dodgson. Y nosotros no evocaríamos ahora su dual existencia si el clérigo y el poeta —el reprimido puritano y el soñador irreprimible— no hubieran compartido la misma envoltura carnal y, al final, la misma tumba en Guildford.

Aunque conmemorada sin excesivas alharacas, el centenario de la muerte de Dodgson-Carroll ha recibido, en nuestro país, ciertas atenciones. Los periódicos y revistas le han dedicado discretos espacios. El British Council, en colaboración con el Círculo de Bellas Artes de Madrid, ha organizado una exposición de fotografías originales del reverendo Dodgson: una muestra espléndida instalada, por desgracia, en un local deleznable. Y la editorial Anagrama ha publicado una excelente versión castellana del *Lewis Carroll* de Morton N. Cohen.⁹ En un ámbito cultural que no ha tenido acceso a los trabajos biográficos de Stuart Dodgson Collingwood, Langford Reed, Derek Hudson y Anne Clark, la aparición del libro de Cohen —hoy por hoy, la más completa y documentada biografía de Carroll— es algo tan milagroso como cazar un Snark, o un Boojum, sin haber cobrado antes ni un triste conejo. ■

*Santiago R. Santerbás es escritor y traductor.



Dibujos de Gerhard Hofmann, para una edición conmemorativa de Alicia en el País de las Maravillas, editada por el Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg, en 1998.

Notas

1. Gertrud y Gerida Drage: niñas amigas del reverendo Dodgson, hijas de William Henry Drage, alcalde de Hatfield y hermano del doctor Charles Drage, médico de cabecera de Lord Salisbury, entonces primer ministro del gabinete conservador.
2. Stuart Dodgson Collingwood, *The Life and Letters of Lewis Carroll*, Londres: T. Fisher Unwin, 1898.
3. El cargo desempeñado por Dodgson fue el de *curator*; término que generalmente se emplea para designar al director o conservador de un museo. En este caso, equivaldría al de administrador o económico.
4. William Archibald Spooner: decano del New College de Oxford.

5. Dodgson tenía solamente 52 años.

6. Derek Hudson, *Lewis Carroll, An Illustrated Biography*, Londres: Constable and Company, Ltd., 1954.

7. Ya existía una famosa versión expurgada, *Family Shakespeare*, escrita y publicada por el doctor escocés Thomas Bowdler, en 1818. El apellido de este personaje daría incluso lugar al vocablo *to bowdlerize* (expurgar).

8. Lewis Carroll, *Silvia y Bruno*, Madrid: Anaya, 1989. Prólogo, traducción y notas de S.R. Santerbás. Ilustraciones de Harry Furniss y J. Isaac.

9. Morton N. Cohen, *Lewis Carroll*, Barcelona: Anagrama, 1998. Traducción de Juan Antonio Molina Foix.